

EL PECADO ORIGINAL EN LA PERSPECTIVA DE LA ECONOMIA SALVIFICA

ANTONIO FUENTES MENDIOLA

Desde el principio aparece en la tradición bíblica veterotestamentaria el verdadero *leitmotiv* que puso en marcha la economía de la salvación: el pecado cometido por nuestros primeros padres en los albores de la humanidad. A este hecho sigue la promesa de salvación (Gen 3,15) por una especial intervención de Dios.

Nuestra situación hoy no podría entenderse sin ese acontecimiento primero. Si olvidáramos que todos los hombres quedaron sometidos a la esclavitud del pecado por la desobediencia de Adán (Rom 5,19), sería imposible comprender por qué Dios ha elegido precisamente la cruz como instrumento de redención. Si eliminásemos la causa de la cruz —el pecado—, la redención entera caería por su base; el mismo sacerdocio de Jesucristo carecería de sentido; y, desaparecido el sacerdocio, ¿cómo podríamos hablar del valor objetivo del sacrificio de la cruz, de la gracia o de los sacramentos? Incluso la misma Iglesia, que tiene por misión salvar a los hombres, perdería su misma razón de ser.

Sabemos, sin embargo, que fue aquel primer pecado (*ob felix culpa*, canta la liturgia) el que permitió que Dios se compadeciera de los hombres. El mismo protoevangelio señala el pecado como la causa próxima del amor mostrado por Dios al hombre caído. Dios, en su infinita misericordia, no sólo le ofrece el perdón, sino también su salvación¹.

1. En la carta a los Hebreos encontramos expuesta con precisión la doctrina salvífica, cuando dice que por medio de la sangre de Cristo *aeterna redemptione inventa* (λύτρωσις, 9,12). Es decir, la finalidad de su muerte es nuestra redención (ἀπολύτρωσις) de las transgresiones pasadas (9,15), la liberación (ἀπαλλάσσειν) de la esclavitud y del temor de la muerte (2,15), junto con la destrucción del poder de diablo (2,14). Jesucristo se entregó voluntariamente a la muerte *ut repropitiaret delicta populi* (ἰλάσασθαι, 2,17), es decir, se ofreció *ad multorum auferenda peccata* (ἀνελεγεῖν

Si negáramos la existencia del pecado original o no valorásemos en su justa medida su repercusión en nuestras vidas, difícilmente podríamos diagnosticar la enfermedad espiritual que padecen muchos hombres de nuestro tiempo, y menos aún podríamos dar con la terapia apropiada para devolverles la felicidad perdida.

De ahí que nos preguntemos: ¿Cómo pudo darse este pecado en nuestros primeros padres? ¿Cuáles fueron en realidad sus consecuencias? Las respuestas a estos interrogantes podrán facilitarnos la comprensión de lo que plantea este Simposio: qué es y qué significa la reconciliación y la penitencia, tanto como virtud como en su aspecto sacramental. De otra parte, nos ayudará también a comprender mejor el porqué de muchas de las rebeldías humanas, así como los deseos de felicidad que siente el hombre y que no logra aquí saciar. Finalmente, veremos la necesidad de tomar conciencia de nuestros propios pecados personales, conscientes de nuestra limitación y de la grandeza de la misericordia divina².

Sin estos presupuestos resultaría difícil comprender con cierta hondura, por ejemplo, la parábola del hijo pródigo, en sus analogías precisas con aquel primer momento que señala el protoevangelio, de caída y esperanza. Con este fin hemos preparado la presente comunicación, de contenido principalmente bíblico-pastoral, siguiendo las normas del *Instrumentum laboris* del próximo Sínodo de los Obispos.

1. *Realidad de un primer pecado*

El primer hombre (varón y hembra) fue, como sabemos, creado a imagen y semejanza de Dios³. Desde el principio gozó de la amis-

como encontramos en Is 53,12. En todo el contexto se trata, por tanto, de la *remissio* (ἄφεσις) *peccatorum* (9,22;10,18) y de su *purgatio* (καθαρσιμός). De este modo ha quedado purificada nuestra conciencia de todas las obras muertas (9,14) y se nos ha dado acceder con corazón limpio a la plenitud de la fe (10,23). Cfr. Max Meinertz, *Teología del Nuevo Testamento*, Madrid 1966, p. 527.

2. Si el perdón (ἄφεσις) de Dios obra como consecuencia de su infinita misericordia, es a condición de que el hombre se reconozca pecador. El hombre por sí mismo nunca podría pagar su deuda a Dios. En Col 1,14 y en Ef 1,7 se explica el perdón de los pecados porque Cristo nos ha redimido. Es más: en Col 2,13 se afirma que Dios «nos ha hecho gracia» en Cristo de nuestros delitos.

3. «La creación del hombre —afirma Juan Pablo II— se distingue esencialmente en la descripción bíblica de las precedentes obras de Dios. No sólo va precedida de una introducción solemne, como si se tratara de una deliberación de Dios antes de este acto importante, sino que, sobre todo, la dignidad excepcional del hombre se pone de relieve por la *semejanza* con Dios, de quien es imagen.

tad divina y de un perfecto dominio sobre el cuerpo (Gen 2,25). Todos los seres inferiores, el mundo entero, se los había entregado Dios para que dominara sobre ellos (Gen 1,28). Pero ese estado de felicidad pronto se trocó en amargura, tristeza y desconsuelo ⁴.

El capítulo tercero del Génesis señala el porqué de esa situación al describir el conocido suceso de la tentación y caída de Adán ⁵. De una manera sencilla y adaptada al lenguaje de los receptores del mensaje salvífico, el texto sagrado explica aquel primer pecado como la desobediencia del hombre a un precepto divino. Dado su carácter revelado, es necesario señalar que se trata de un hecho religioso de especial trascendencia para la historia de la humanidad, aun cuando el hagiógrafo se sirviera para ello de los mitos y tradiciones populares que subyacen en el trasfondo de la narración ⁶.

En este episodio tan singular, uno de los protagonistas es la serpiente (Gen 3,1), en su papel de tentadora. Esta misma serpiente es identificada en otros textos de la Sagrada Escritura con el Diablo (=el acusador), por cuya envidia entró la muerte en el mundo (Sab 2,24). De él dice Jesucristo que fue homicida desde el principio y que no se mantuvo en la verdad (Jn 8,44). Como padre de la mentira, Satanás (del hebreo *hassatan* = el adversario) es enemigo de Dios y de cuantos quieren permanecer fieles a sus mandatos. Rechaza la verdad y por eso incita al hombre a la rebeldía ⁷. La tentación es su arma preferida, y la exageración en el manejo de la men-

Al crear la materia inanimada, Dios 'separaba'; a los animales les manda procrear y multiplicarse; pero la diferencia de sexo está subrayada sólo respecto al hombre ('varón y hembra los creó'), bendiciendo, al mismo tiempo, su fecundidad, es decir, el vínculo de las personas (Gen 1,27-28)» (JUAN PABLO II, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Madrid 1979, p. 132).

4. Antes del pecado, la naturaleza de Adán era pura, es decir, ninguna enfermedad ni vicio, ni pasión de tipo alguno se había introducido en ella (cfr. FILÓN, *De opif. mundi*, 150).

5. Véase en este sentido la exposición de F. CEUPPENS en *Questiones selectae de historia primaeva*, Torino 1948; y la de A. CLAMER en *Genèse*, Paris 1953.

6. Al explicar Juan Pablo II el primitivo carácter mítico de la narración utilizado por el hagiógrafo, puntualiza el alcance de esa afirmación cuando dice: «Si en el lenguaje del racionalismo del siglo XIX el término 'mito' indicaba lo que no se contenía en la realidad, el producto de la imaginación (Wundt), o lo que es irracional (Lévy-Bruhl), el siglo XX ha modificado la concepción del mito». Tras una breve referencia a lo que entienden por mito los autores más recientes, viene a decir en síntesis que mito es la expresión de dependencia que el hombre experimenta frente a lo que le trasciende y le hace existir (cfr. Juan Pablo II, *o.c.*, pp. 135-136).

7. Es a Satanás a quien ha de atribuirse la tentación y la incitación a la rebeldía contra Dios. Suya es la violencia (*ἀθετεῖν*) con la que el pecado (*ἁμαρτία*) entra en el mundo, en manifiesta contradicción con los planes del Creador (cfr. Num 27,14; Jer 4,17) y en abierta oposición a su voluntad para con el hombre (Jer 5,3; 6,16-17). Véase el tratamiento que de este tema hace A. GELIN, *Theologie du Péché*, Paris-Tournai 1960, pp. 23-47.

tira, Satanás, del hebreo *bassatan* = el adversario) es enemigo de ducir y engañar a todo el mundo (Ap 12,9).

Admitido este hecho, es necesario advertir también que la verdadera culpa por la que el hombre perdió su inocencia original y, en consecuencia, su amistad con Dios, no ha de atribuirse a Satanás en exclusiva. La malicia de aquel pecado y la responsabilidad consiguiente le fueron plenamente imputables, ya que en pleno ejercicio de su libertad —aunque la utilizara mal— desobedeció al mandato divino y se apartó de la amistad de su Creador. Es cierto que Satanás es superior al hombre por naturaleza. Sin embargo, sabemos también que es limitado como criatura y, por tanto, no puede conocer los pensamientos y deseos más íntimos del hombre si éste no se los da a conocer, y menos aún intervenir en la deliberación de su conciencia. Sólo puede tentar, pero en ningún caso podrá forzar o coaccionar la libertad humana. Con otras palabras: el pecado cometido por Adán fue personal, voluntario e interno. Y como se desprende de Gen 3,5 debió de tratarse de un pecado de soberbia, ya que ambos, hombre y mujer, quisieron hacerse como dioses, arrebatando la honra y excelencia que sólo a Dios corresponden. Santo Tomás dice que éste era el único pecado que Adán podía cometer en el estado de justicia original⁸.

Ahora bien, nos preguntaremos, si al comienzo gozaba el hombre de los dones llamados preternaturales y controlaba con su razón, fortalecida por la gracia, cada una de sus potencias y sentidos, ¿cómo pudo caer en la tentación diabólica y cometer ese pecado de soberbia? A nuestro juicio, la explicación ha de buscarse rastreando en las características propias de la naturaleza humana. En aquella situación inicial, tanto la inteligencia como la voluntad del hombre, aun elevadas por la gracia, seguían siendo finitas, limitadas. El precepto dado por Dios (Gen 2,17; 3,2-6) era captable por el hombre, pero su razón última, así como el orden sobrenatural que lo respaldaba no llegó a comprenderlo plenamente en todas y cada una de sus connotaciones. Dios podía imponer aquel mandato, como Señor que es del hombre y de todo el universo. Pero el hombre se rebeló frente a él. La comprensión limitada de la mente humana choca frontalmente a veces, por falta de humildad, con lo que Dios le propone, sencillamente porque no puede captar en toda su hondura las razones que mueven a Dios en su obrar⁹.

8. *S. Th.* 2-2, q. 163 a. 1.

9. Según Cicerón, es propio de la razón divina determinar (*sancire*) el bien y

Sin embargo, Dios quiere que el hombre —criatura racional— obedezca libre y voluntariamente, de modo inteligente. ¿Cómo solucionar entonces esta aparente paradoja? No parece que exista otra vía que la de la fe. Por medio de ella puede el hombre salvar la distancia infinita que le separa de Dios. Sólo desde el acto de fe sobrenatural puede captar en plenitud el querer divino, su vida íntima, aunque siempre le quedará un reducto de sombra por su condición de criatura. La palabra revelada —misterio de fe— se hace así objeto de su adhesión intelectual. Pero entiéndase bien: siendo razonable el querer de Dios, el hombre no acepta esa palabra que le ha sido dirigida desde la fe porque la comprenda, ni porque le atraiga por su belleza o por la lógica interna de su argumentación; si la acepta es simple y exclusivamente porque procede de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.

El primer hombre rechazó la autoridad de Dios, no quiso aceptar por la fe el mandato divino que había recibido¹⁰. Voluntaria y libremente contravino el querer de Dios. La gravedad de su pecado no dependió tanto del elemento material externo —el fruto del árbol—, cuanto de la actitud interna de desconfianza y desacato a su Creador. A su reacción de soberbia siguió un pecado de desobediencia. Cualquier otro pecado estaría fuera de contexto. Por eso no puede permitirse, como ya advirtiera San Agustín, la interpretación de algunos que vieron aquí un pecado de tipo sexual, postura ésta difundida recientemente por ciertos autores¹¹. Ni en la Sagrada Escritura ni en la Tradición hay vestigio alguno que fundamente esta postura. Téngase en cuenta, por otra parte, que Gen 2,25 y 3,7 señalan el desorden del instinto sexual como efecto del pecado y no como causa del mismo.

El hombre ciertamente sucumbió a la tentación diabólica; pero cuando Satanás creía poder cantar victoria por su triunfo, brilla con fuerza la gran esperanza de salvación: «Enemistad pongo entre

el mal» (*De leg.* II, 4.10). De otra parte, Santo Tomás dice que «*primus homo peccavit principaliter appetendo similitudinem Dei quantum ad scientiam boni et mali, sicut serpens ei suggestit: ut scilicet per virtutem propriae naturae determinaret sibi quid esset bonum et quid malum ad agendum; vel etiam ut per se ipsum praecognosceret quid sibi boni vel mali esset futurum*» (2-2, q. 163 a. 2). Precisamente esa facultad de decidir entre el bien y el mal es la que ejercitó el primer hombre cuando voluntariamente pecó, porque el pecado es esencialmente la inversión del bien por el mal.

10. Véase la declaración de la P.C.B. de fecha 30-VI-1909 (Dz 2123).

11. Entre otros puede verse M. FLICK-Z. ALSZEGHY, *Los comienzos de la salvación*, Salamanca 1965, p. 391; J. COPPENS, *L'interprétation sexuelle du péché du paradis dans la littérature patristique*, Louvain 1949; F. ASENSIO, *¿Tradición sobre un pecado sexual en el paraíso?*, en *Gregorianum* 31 (1950), pp. 35-62; 163-191; 362-390.

ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza mientras tú te abalances a su calcañal» (Gen 3,15).

La misericordia de Dios acude en ayuda del hombre caído. Sin dejar de castigarle, sale en su defensa y condena en la serpiente a Satanás. Desde ese momento se inicia una lucha sin tregua entre éste y la descendencia de la mujer. De su linaje —esta es la promesa— procederá la victoria final del hombre en su lucha contra Satanás. Uno de esa descendencia será quien aplaste la cabeza del dragón infernal (Ap 12 ss). El desarrollo histórico de la realización de esta promesa es lo que constituye propiamente la Historia de la salvación, iniciada en el AT y llevada a su plenitud en el NT con la llegada del Mesías, Jesucristo nuestro Salvador.

2. *Huellas bíblicas del pecado original*

La Historia de la salvación en general, y la del pueblo de Israel en particular, hablan con claridad de los efectos del primer pecado: la existencia de un estado de anormalidad en las relaciones del hombre con Dios. Aparte del fratricidio protagonizado por Caín, inicio claro de esa anormalidad descrita en las primeras páginas del Génesis, todo el AT pone de continuo al descubierto las miserias humanas de gran parte de sus protagonistas. Muchos de ellos se arrepienten de sus pecados, pero sienten en sí mismos una inclinación al mal que distinguen bien de sus propias ofensas personales. Bajo la luz del NT es fácil identificar ese estado de miseria moral con los efectos del pecado original, como expresamente dirá San Pablo en Rom 5, que luego veremos.

Veamos antes dos pasajes del AT para comprender cuanto decimos.

Uno de ellos es Job 14,4. Todo el libro de Job presenta a su protagonista como modelo de hombre justo, que, sin esperarlo, vive en su propia carne el doloroso trance de la tentación diabólica. Acosado por Satanás, a quien Dios permite que le tienta para confirmarlo en su virtud, sufre primero el desgarrón del infortunio y luego el inmenso dolor de saber que sus hijos han muerto. No paran aquí las cosas; experimenta también la peor de las enfermedades de entonces: la lepra, que llega a corroer su propio cuerpo. Se topa, además, con la incomprensión de su mujer y la burla de sus amigos, que no comprenden el porqué de aquella situación. Tampoco la entiende Job, que se sabe inocente. Sin embargo, calla y acepta en

silencio, sin emitir una sola queja, tanto la indigencia de su situación como las críticas despiadadas e injustas de sus amigos. Por toda defensa sólo esgrime lo que considera causa última y raíz de todos sus males: su impureza. Así lo formula: «¿Quién podrá sacar lo puro de lo impuro? ¡Ninguno!» (Job 14,4).

El contexto en el que se encuentra este versículo habla de la impureza física o ritual, que, según la ley antigua, contraía todo hombre desde su concepción (Lev 15,19 ss) y aumentaba por el hecho de su nacimiento (Lev 12,2 ss). Sin embargo, tal como lo expresa aquí Job (14,1), el alcance del versículo 4 trasciende la mera legalidad de este hecho, ya que este tipo de impureza no le hubiera servido a Job de excusa, por cuanto en nada disminuía su responsabilidad moral. La impureza a la que alude Job dice relación directa con una cierta debilidad interior, congénita, que hace inmundo al hombre y lo inclina al mal (Job 15,14)¹². Puede verse en esa inclinación el *primum ad peccatum*, que la exégesis católica ha identificado como una de las consecuencias del pecado original y que a todos ha sido transmitida por generación (Rom 5,12)¹³.

Como en Job, también en los Salmos aparece bastante clara la conciencia personal de esa inclinación al mal. Se ve como algo interno, independiente de las faltas personales, y toma su origen de la misma concepción. Este es el trasfondo del Salmo «Miserere» (Ps 51). El rey David, tras la advertencia del profeta Natán, cae en la cuenta del pecado que ha cometido con Betsabé, mujer de Urías, uno de sus oficiales (2 Sam 12). En su humildad, David reconoce ante Dios su culpa y acude a la misericordia divina con la siguiente oración:

«Ten piedad de mí, oh Dios, según tu amor,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lava a fondo mi culpa, y de mi
pecado purifícame.
Pues mi pecado yo lo reconozco,
mi falta está sin cesar ante mí...

12. Cfr. A. LEFÈVRE, *Job*, DBS 4, 1.092-1.094.

13. «No hay sobre la tierra un hombre justo que haga el bien y no peque» (Eccl 7,20). «¿Quién hay que no haya pecado con la lengua?» (Eccl 19,16). «Todos tropezamos en muchas cosas» (Iac 3,2). Y es que el hombre, inficionado por el pecado, tiende al mal. Cfr. A. GEORGE, *Le sens du péché dans l'Ancien Testament*, en *Lumière et Vie* 5 (1952) 21-40; C. SPICQ, *Le Péché des Hommes*, en *Grands Thèmes bibliques*, Paris 1958, pp. 109-118; P. GRELOT, *Théologie biblique du péché*, en *Supplément de la Vie spirituelle* (1962), pp. 203-241.

Mira que en culpa ya nací,
 en pecado me concibió mi madre» (Ps 51, 1-7).

A diferencia de Job, inocente, el rey David reconoce su culpa, porque ciertamente había pecado. Alega, no obstante, ante Dios la circunstancia, para él atenuante, de haber sido concebido en pecado (v. 7). Lo dice no porque creyera que el acto conyugal fuera pecaminoso en sí mismo (postura más bien gnóstica o maniquea), pues tanto la vida matrimonial como la misma maternidad son desde el origen de la creación (Gen 1,28) acciones buenas y santificables dentro del legítimo matrimonio; si lo dice es porque quiere aludir directamente a un pecado que no es personal sino recibido, el mismo que a todos se nos transmite por generación¹⁴.

En el Nuevo Testamento es Jesucristo quien confirma esta doctrina. Vino para ofrecer a todos los hombres la salvación, y precisamente la salvación del pecado (ἀμαρτία), que es lo que realmente esclaviza al hombre (Mt 1,21; 26,28). Y porque todos los hombres se ven influidos por ese pecado (Lc 11,13) es necesaria en cada uno una verdadera transformación (μετάνοια), tan profunda e intensa que equivale a un nuevo nacimiento (Jn 3,5). Para esto se necesita la gracia divina, por lo que antes Jesucristo debe vencer al diablo (Lc 11,21), príncipe de este mundo.

A pesar de la claridad con que los Evangelios hablan de la realidad del pecado, es San Pablo quien se referirá al pecado original de manera más explícita. Lo hace no tanto porque le interese exponer de modo exhaustivo la doctrina sobre la naturaleza de este pecado, sino porque quiere subrayar ante todo la universalidad de la redención operada por Cristo. De ahí el estrecho paralelismo que establece en Rom 5,12-21 entre Cristo y Adán. Su conclusión es ésta: quien niegue el pecado cometido por Adán y su transmisión a cada uno de sus descendientes, niega también la universalidad del sacrificio redentor de Jesucristo¹⁵.

El Apóstol no hace sino formular brevemente lo que era doctrina común en su tiempo. Estas son sus palabras:

«Como por un hombre entró el pecado en el mundo,

14. Cfr. A. FEUILLET, *Le verset 7 du Miserere et le péché originel*, en *Rech Sc Rel* (1944), pp. 5-26.

15. La redención se extiende a todos los hombres. Aunque en Rom 5,19 se hable de «multitud» (= muchos), sin embargo por el contexto próximo y remoto se ve que esta palabra equivale a «todos». Cfr. M. MEINERTZ, *o.c.*, pp. 376-377.

y por el pecado la muerte,
así también la muerte pasó a todos los hombres,
porque todos pecaron» (Rom 5,12).

No vamos a entrar en una exégesis exhaustiva ¹⁶. Baste decir que la fórmula (ἐφ' ᾧ) empleada en el original griego fue traducida por la Vulgata latina por *in quo*. Con esto interpretaba que en Adán todos los hombres habían pecado. La Neovulgata ha traducido esa expresión por *eo quod*. Tanto si se acepta la traducción de ἐφ' ᾧ en sentido relativo, según la Vulgata («*en el cual* todos pecaron»), como en su sentido causal, según la Neovulgata («*porque* todos pecaron»), se estaría afirmando la existencia de un primer pecado, al que llamamos en cada uno de nosotros *original*. Así puede explicarse que al ser todos los hombres realmente pecadores —por vía de generación—, se afirme también en sincronía paralela que la muerte haya afectado a todos ellos. El Apóstol da por supuesto, como se desprende con claridad del AT (Gen 2,17; 3,19; Sab 2,24), que la muerte no entra en los planes de Dios al crear al hombre, sino que ésta es consecuencia del pecado. Con otras palabras: si el hombre no hubiera pecado, tampoco hubiera muerto ¹⁷.

En los vv. 13 y 14 que siguen da San Pablo una prueba de esta afirmación. La muerte, consecuencia del pecado, reina sobre los hombres, no por los pecados que éstos hayan cometido, sino por el pecado de Adán. Su causa no hay que buscarla en la creación del mundo ni en la del hombre, sino en la desobediencia voluntaria a un precepto divino, como expresamente dice en el v. 19. Una vez cometido, fue «transmitido —afirma el Concilio de Trento— por propagación, no por imitación, pues está como propio en cada uno» ¹⁸.

La realidad de este pecado es, pues, innegable. «Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener su origen en su santo Creador» ¹⁹.

16. Puede consultarse ST. LYONNET, *Le sens de ἐφ' ᾧ en Rom 5,12 et l'exégèse des Pères grecs*, Biblica 1955, pp. 436-456; Idem, *Le péché originel en Rom 5,12*, en *Biblica* 1960, pp. 325-355.

I

17. Cfr. PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia comentada*, t. VI, p. 294.

18. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre el pecado original*, canon 3 (Dz 790).

19. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 13.

3. *Consecuencias del pecado original: en el hombre y en el mundo*

Tras aquel primer pecado, dice el libro del Génesis que al hombre y a la mujer «se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos». Y lo que era peor, «Adán y su mujer se ocultaron a la vista de Yahvéh Dios por entre los árboles del jardín» (Gen 3,7-8). Contrariamente a lo que habían imaginado, su actitud de rebeldía a los planes de Dios no les proporcionó el conocimiento liberador que habría de darles la felicidad²⁰, antes bien se toparon enseguida con la esclavitud de sus pasiones, lazo que desde entonces les oprimirá y encadenará, tanto a ellos como a todos sus descendientes. Con ello experimentan enseguida el conocimiento del mal y constatan que son pecadores. La consecuencia es inmediata: se avergüenzan y huyen de la presencia de Dios. Ya no pueden soportar ni su mirada paterna, ni su palabra afectuosa²¹.

Pero no sólo experimentan la lejanía de Dios, sino también la pérdida de la gracia santificante. Renunciando a la paz y alegría, que proceden de Dios, se encuentran con la inseguridad que desde entonces habría de marcar sus vidas. Rechazando a Dios, fuente de la gracia, no sólo pierden la santidad y justicia en la que fueron creados, sino que se rebajan en su mismo ser hasta quedar sometidos a la muerte y al poder de Satanás²².

A partir de aquel momento todos los hombres quedaron afectados por el pecado, hasta el punto que desde la misma concepción cada uno ha quedado marcado con aquella acción irreparable. Por lo que se refiere al hombre, estas son las principales consecuencias:

a) *Pérdida de Dios y de los bienes sobrenaturales*. Al ser engendrados en estado de naturaleza caída, nacemos apartados de

20. «Más que un yerro o un fallo —comenta C. Spicq—, el pecado es un abandono, un alejamiento de Dios. Subjetivamente es un egoísmo radical, un amor inmoderado de sí mismo que se opone a la única exigencia divina: amar a Dios con todo el corazón, con todo el espíritu, con todas las fuerzas» (C. SPICQ, *Teología moral del Nuevo Testamento*, Pamplona 1970, t. 1, p. 185).

21. El pecado ha supuesto en ellos, junto con la degradación de su misma naturaleza, una especie de torpeza o embrutecimiento espiritual que les incapacita para el diálogo con Dios; por esto se avergüenzan y huyen (cfr. Sal 14,1; 53,3; Rom 1,22).

22. Afirma el Concilio de Trento que «el primer hombre Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira y la indignación de Dios y, por tanto, en la muerte con que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquel que tiene el imperio de la muerte (Heb 2, 14), es decir, el diablo» (*Decreto sobre el pecado original*, Dz 788).

la amistad con Dios. Nace así «el hombre de carne vendido al pecado» (Rom 7,14), que tan bien define San Pablo. Quien vive de la carne —separación radical de Dios— no tiene fuerzas para salir por sí mismo de esa lamentable situación. Es cierto que el hombre no ha perdido su capacidad de razonar ni la de llegar al conocimiento de la existencia de Dios, de cada uno de sus atributos; pero si le falta la humildad de pedir ayuda a quien puede dársela y vive centrado en sí mismo, se encontrará enseguida con la infelicidad y la muerte a la vida de la gracia. Porque «las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne son contrarias a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden» (Rom 8,6-7).

b) *Debilitamiento de las fuerzas humanas.* Como consecuencia del pecado original se produjo en la naturaleza humana un cambio que la afectó en su mismo ser. Esto hizo que el hombre experimentara también el dolor y la enfermedad y hasta la misma muerte²³. Ya lo advirtió Dios al imponerle al hombre el precepto de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, «porque el día en que comieres de él, morirás sin remedio» (Gen 2,17). Junto con la muerte a la vida de la gracia, se produce en ese instante la muerte física, ya que «la muerte corporal entró a consecuencia del pecado»²⁴.

Sometido al dominio de la muerte, el hombre ha quedado afectado también por sus efectos concomitantes: la tentación y confusión de la mente, la duda y el error. De aquí proceden la enemistad, la infidelidad y todo tipo de guerras fratricidas. En el extremo de esta cadena de males se encuentra ese sentimiento de vacío y de insatisfacción, propio del hombre de todos los tiempos cuando se aleja de Dios.

Pero sobre la muerte ha triunfado Jesucristo con su Resurrección. Con la Redención han sido asumidos y elevados por Jesucristo el dolor, la enfermedad y la muerte, convirtiéndolos en camino de salvación. La esperanza, y con ella la alegría, puede recuperarlas el

23. Comentando este hecho, dice M. Schmaus que «Dios creó al hombre para la vida, no para la muerte; para la hartura, no para el hambre; para tener hogar, y no para estar a la intemperie; para la libertad, y no para la esclavitud; para la alegría, y no para la aflicción. No debería haber ni dolor ni muerte, ni enfermedad ni miseria: vivimos en un mundo trastornado por el pecado. En la voluntad de transformarlo vive y opera en lo oculto, aunque tenue y desfigurante, el recuerdo de cómo fue el mundo y hubiera permanecido sin el pecado del primer hombre; vive y opera el recuerdo del paraíso» (M. SCHMAUS, *Teología dogmática*, t. III, *Dios Redentor*, Madrid 1959, p. 15).

24. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 18.

hombre cuando se reconoce pecador, y, a semejanza del hijo pródigo, emprende confiado el camino de retorno a la casa de su padre (Lc 15,11-32).

c) *Hostilidad y enfrentamiento con las demás criaturas.* El pecado original no sólo afectó al hombre, sino que incluso el mundo físico en el que vivimos se vio arrastrado por él²⁵. La tierra que el hombre debía cultivar y guardar (Gen 2,15) fue maldecida por causa de su desobediencia (Gen 3,17), por lo que nada tiene de extraño que se muestre tan hostil. El mundo irracional, no de grado sino por fuerza (Rom 8,20), ha corrido nuestra misma suerte en el castigo. Así lo demuestra ese estado continuo de guerra y oposición entre el hombre y la creación: las catástrofes cósmicas, las inclemencias climatológicas, y todo un cúmulo de males son consecuencia de aquel primer pecado. «La creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción» (Rom 8,22.20.21).

De la actitud del hombre dependerá, en definitiva, no sólo su propio futuro sino el de toda la creación. Así lo reflejaba en su diagnóstico el pasado Concilio: «El mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene el camino abierto para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad o el odio. El hombre sabe bien que está en su mano dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado, y que pueden aplastarle o servirle»²⁶.

4. *Responsabilidad personal ante el pecado*

La esperanza de perdón para el hombre caído apareció enseguida, en el mismo paraíso (Gen 3,15). De esta esperanza vivieron todos los justos del AT. Sin embargo, con el correr del tiempo pronto se olvidó el pueblo de Israel de las consecuencias personales de aquel primer pecado. Más aún, la misma conciencia²⁷ de pecado se difu-

25. El desorden introducido por el pecado se extiende a toda la creación, incluso a las criaturas irracionales. «Evidentemente —comenta Meinertz—, S. Pablo se refiere a ellas, y no sólo a la humanidad irredenta, cuando en Rom 8,19 ss. habla del desasosiego que hay en la creación (κτίσις). La creación está sometida a la futilidad 'por causa de aquel que la sometió, es decir, por causa del hombre que, con su primer pecado, quebrantó el equilibrio de la naturaleza» (M. MEINERTZ, *o.c.*, p. 309).

26. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 9.

27. La conciencia moral que posee el hombre, según la cual juzga los hechos a la luz de la voluntad divina, existe —según San Pablo— incluso en la humanidad

minó entre el pueblo hasta casi perder su sentido, como claramente ponen de manifiesto los libros proféticos. Desaparecida la conciencia de pecado personal, la consecuencia era inmediata: ¿Cómo admitir la responsabilidad personal de los propios pecados? Esto explica que el cautiverio de Babilonia fuera para muchos señal clara de un castigo colectivo, de modo que unos sufrían las culpas de los pecados cometidos por otros.

El profeta Ezequiel, ya en el exilio, aclarará esta doctrina, la misma que antes, todavía en Israel, Dios le había revelado²⁸. Estas son sus palabras:

«¿Por qué andáis repitiendo este proverbio
en la tierra de Israel: Los padres comieron
el agraz y los hijos sufren la dentera?
Por mi vida, oráculo del Señor Yahvéh,
que no repetiréis más este proverbio en Israel.
Mirad: todas las vidas son mías,
la vida del padre lo mismo que la del hijo,
mías son. El que peque, ese morirá» (Ez 18,2-4).

Tras ensalzar la justicia divina, explica Ezequiel la doctrina de la responsabilidad personal y el sentido del castigo divino. Esta doctrina suponía un progreso en la revelación. Hasta entonces parecía normal entre los israelitas que una ciudad o toda una nación fueran castigadas colectivamente —justos y pecadores— y que el castigo merecido por los padres recayera en los hijos. El profeta Ezequiel corrige este error: la salvación o condenación de un hombre depende de él exclusivamente, de la aceptación de la gracia y de su disposición personal por corresponder al querer de Dios.

Esa correspondencia ha de empezar por una conversión sincera²⁹, puesto que «si el impío se convierte de todos los pecados que ha

irredenta. No obstante, aunque él emplea en Rom 2,15 el vocablo *συνείδησις* para referirse a la conciencia, según la ley escrita en los corazones de los gentiles, no aparece en el AT (a excepción de Sab 17,10), ni tampoco en los Evangelios. En el lenguaje bíblico se emplea la palabra «corazón» (Is 29,13; Mt 15,8; Lc 16,15, etc.), que en cada hombre hace las veces de la conciencia como «amonestador» de sus acciones. Cfr. M. MAINERTZ, *o.c.*, pp. 320-322; C. SPICQ, *La conscience dans le NT*, en «Revue biblique» 47 (1938) 50-80.

28. La idea ya estaba contenida en Jer 31,29.

29. La conversión o penitencia (*μετάνοια*) significa principalmente un cambio de manera de ser, de pensar y obrar. Supone un conocimiento y convicción de las cosas a la luz de la Verdad. Así como la *πρόνοια* significa un conocimiento previo, la *μετάνοια* es un conocimiento posterior, que invita y propugna un cambio de actitud y de orientación en la vida. Cfr. C. SPICQ, *o.c.*, p. 55.

cometido, observa todos mis preceptos y hace lo que es justo y recto, vivirá sin duda, no morirá» (Ez 18,21). Es decir, se liberará del peso muerto de sus malas obras y no temerá.

La predicación de Ezequiel contribuyó poderosamente a revitalizar la religión verdadera, haciéndola más interior y personal. En el destierro devolvió la esperanza a los que deseaban mantenerse fieles a Yahvéh y abrió el horizonte a una renovación más plena, la de la era mesiánica, donde Dios mismo será quien purifique y renueve al hombre:

«Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo y os infundiré un nuevo espíritu; quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos, observando y guardando mis leyes (Ez 36, 25-27).

Si la gracia procede de Dios, del hombre se requiere el dolor y el arrepentimiento por la falta cometida³⁰. Ezequiel muestra también a Dios como un amante celoso, que quiere por encima de todo la felicidad de sus criaturas. A cada una la busca como el pastor bueno busca a la oveja perdida. Así lo expresa el siguiente texto:

«Como un pastor vela por su ganado... así velaré yo por mis ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas... Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida y sanaré a la enferma... Las apacentaré como es justo» (Ez 34,12-16).

Será Dios efectivamente —en los tiempos mesiánicos— quien busque a cada hombre, como busca el pastor a sus ovejas y vela por todo su rebaño³¹. En la alegoría del Buen Pastor (Jn 10,11-18),

30. El AT preparaba para la gracia que Cristo ganaría con su muerte redentora para toda la humanidad. Dios le dice, por ejemplo, a Moisés que hará merced y usará de misericordia (Ex 33,19). También en Isaías se muestran los sentimientos de Dios hacia el hombre, pues «aunque una madre pudiera olvidarse del hijo de sus entrañas, Yo nunca me olvidaría» (Is 49,15). Dios está siempre dispuesto a perdonar porque es misericordioso. Sin embargo, exige que el hombre pecador se convierta de sus pecados (cfr. Ex 32,30-32; 33,12-19; Num 14, 10-19; Os 1-3). Con otras palabras: la misericordia divina reclama la fidelidad del pueblo a sus preceptos (cfr. Lev 26, 15-16; Dt 26,17-18; Am 4,6-12).

31. Tanto para judíos como para cristianos, este pastor es el Mesías, llamado también David por Jeremías (Jer 30,9) y por Oseas (Os 3,5), por ser David figura y antepasado del Mesías.

Jesucristo no sólo interpreta en su verdadero sentido este pasaje de Ezequiel, sino que realiza con su entrega en la cruz cuanto allí estaba profetizado.

Esta doctrina quedará aún más clara en una de las parábolas más significativas del Nuevo Testamento: la del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). En ella aparece en toda su plenitud la revelación de Dios como Padre, lleno de bondad y misericordia, que recupera y sana al hijo que se había perdido. Veámoslo brevemente.

5. *Conciencia de pecado y deseo de reconciliación*

A través de tres parábolas, íntimamente relacionadas entre sí, San Lucas expresa en su evangelio la alegría inmensa que se produce en el reino de Dios por lo que se había perdido y ha sido hallado. La recuperación de la oveja extraviada (Lc 15,3-6), la dracma perdida (Lc 15,8) y el hijo pródigo (Lc 15,11-32) vienen a ser como tres actos del mismo «in crescendo» de esa alegría. De las tres, quizá sea en la última parábola donde mejor se aprecie el drama interior del hombre caído y, por contraste, la alegría del padre cuando lo recupera arrepentido³². Aquí se pone de relieve algo que ya estaba apuntado en Ezequiel: que el reconocimiento de los propios pecados alcanza el perdón de la misericordia divina. Recordemos que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 33,11).

La parábola del hijo pródigo une el principio con el fin de la revelación intertestamentaria. «Aquel hijo, que recibe del padre la parte de patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, viviendo disolutamente, es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos, comenzando primeramente por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y la justicia original»³³. La analogía es patente.

En el hijo pródigo, con su actitud imprudente en un principio y sensata después, puede verse reflejado sin duda cada hombre. A él le atrajo —porque se sentía libre y quería experimentar otra vida— el aliciente que le presentaba la felicidad un tanto teórica de un país lejano. Su padre no se opuso, antes bien, porque respe-

32. La bondad de Dios, como Padre que ama y busca de continuo a sus hijos, no puede separarse ni de su justicia ni del rigor con que se opone al pecado.

33. JUAN PABLO II, enc. *Dives in misericordia*, n. 5.

taba su libertad, le entregó la parte de hacienda que le correspondía. Pero no pasó mucho tiempo cuando aquel hijo se encontró no con la felicidad que había imaginado, sino con la situación más miserable y humillante que hubiera podido pensar. Después de derrocharlo todo y quedar reducido a la mendicidad, experimenta tal vez la hostilidad de la nueva tierra y su desgraciada situación, junto al vacío interior más completo. El tesoro que antes poseía —familia, tierra, trabajo— lo había permutado voluntariamente por la soledad, el hambre y le desilusión. Su vida ya no tenía sentido. ¿Qué hacer?, se pregunta.

Un buen día *volvió en sí* (Lc 15,17). Es decir, tomó conciencia por primera vez de lo que había perdido, a la vez que caía en la cuenta de que era hijo de un padre bueno, que había demostrado quererle con locura. Ninguno influyó en la decisión que estaba dispuesto a tomar. Había llegado por fin a descubrir el mal uso que había hecho de su libertad. Y no lo duda un momento más, porque la realidad acaba por imponerse y él, en el fondo, es humilde. «Me levantaré —se dice— e iré a mi padre y le diré: 'Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo'...» (Lc. 15, 18-19).

A través de una compleja situación, aquel hijo «había ido madurando el sentido de la dignidad perdida... Tal conciencia es lo que le hace valorar con rectitud el puesto que podía corresponderle aún en casa de su padre»³⁴. La conciencia de pecado y su enorme deseo de recuperar la felicidad perdida le ponen en el camino de la reconciliación. Es todo un ejemplo para los hombres de nuestro tiempo. No sólo el pecado, sino la falta de conciencia de pecado ha de considerarse como uno de los más grandes males de hoy. Difuminada la conciencia, y tal vez confundida, se trastrueca la verdad por la mentira, el bien por el mal y se acaba creyendo que el vicio es virtud. Vuelve a repetirse lo que ya denunciara el profeta Isaías en su tiempo:

« ¡Ay de los que llaman a lo malo bueno y bueno a lo malo; los que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; los que dan amargo por dulce y dulce por amargo! » (Is 5,20).

La buena conciencia es del todo imprescindible si se quiere captar rectamente la voluntad de Dios y cuanto con ella se relaciona. Pero

34. *Ibídem*.

ésta es consecuencia de un ejercicio constante, coherente y ordenado de todo el ser del hombre: es el juicio real y atinado que sólo él puede hacer sobre la realidad de cada día a la luz de la fe³⁵. De este modo la fe informará realmente la vida, y la vida será también expresión cabal de la fe. «Formar la conciencia propia aparece así como un deber inaplazable. Formar la conciencia significa descubrir con claridad cada vez mayor la luz que encamina al hombre a lograr en la propia conducta la verdadera plenitud de su humanidad. Y sólo obedeciendo a la ley divina, el hombre se realiza a sí mismo como hombre»³⁶.

El mal verdadero que se ha de combatir es, por tanto, el pecado y, sobre todo, la falta de conciencia de pecado. El hombre se sigue resistiendo a admitir su limitación y su miseria, su propio pecado. Asusta, sin duda, pensar que se estaba equivocando, ¡cuánto más reconocer que se ha transgredido la ley de Dios, que se ha pecado! Este reconocimiento, sin embargo, supondría el primer paso para la reconciliación con Dios y con la propia conciencia.

No podemos caer en la trampa de pensar que el mal que aqueja al hombre está en la sociedad y en sus estructuras, en el mal ejemplo de quienes nos rodean, como erróneamente pensara Rousseau. La falta de paz y estabilidad, de alegría y verdadera felicidad, tienen su origen en el mismo hombre. Es su propio desorden interior el que lo hace malo, a él y al mundo, y, en consecuencia, a la sociedad. Porque es «del corazón del hombre de donde proceden los pensamientos malos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, la impureza, la envidia, la blasfemia, la altivez, la insensatez» (Mc 7,21-22).

Comentando este texto dice Juan Pablo II: «No bastan, pues, los análisis sociológicos para traer la justicia y la paz. La raíz del mal está en el interior del hombre. Por esto, el remedio parte también del corazón. Y —me complace repetirlo— la puerta de nuestro corazón sólo puede ser abierta por la palabra grande y definitiva del amor de Cristo por nosotros, que es su muerte en la cruz»³⁷.

Dios espera, como en el caso del hijo pródigo, que el hombre reconozca sus pecados. Para esto se anticipa dándole su gracia, sin

35. Para que pueda hablarse de verdadera conversión, debe existir una perfecta correspondencia entre la fe y la vida, entre lo que se cree y lo que se vive, entre lo que se piensa y lo que se hace. Lo contrario supondría mentira, hipocresía, falta de autenticidad, una clara contradicción con la verdad.

36. JUAN PABLO II, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Madrid 1980, p. 596.

37. Idem, 1979, p. 693.

la cual no podría realizar su conversión³⁸. En la conciencia de pecado y en el deseo de reconciliación está el inicio del proceso que conduce al hombre de nuevo al camino de la felicidad perdida, el único que le sanará con eficacia y le devolverá a la condición de hijo de Dios.

6. *Algunas consecuencias prácticas*

«Si la historia de la humanidad, desde sus primeros pasos está signada por la dramática debilitación que ha producido el pecado, es también, y sobre todo, la historia del Amor divino: éste sale a nuestro encuentro y, a través del sacrificio de Cristo, Redentor del hombre, perdona nuestras transgresiones, ilumina la conciencia y restituye la capacidad de la voluntad para tender al bien. Cristo es camino, verdad y vida (Jn 14,6). Cristo guía a cada uno de los hombres, lo ilumina, lo vivifica»³⁹.

La primera consecuencia que hemos de sacar es que Dios no abandona nunca a su criatura. Si por un acto libre de su voluntad la creó, por otro acto de su infinito amor la redimió. Quiere positivamente la reconciliación, pero también el reconocimiento en el hombre de su personal miseria y limitación. De ahí la esperanza de saber que la humanidad nunca estuvo abandonada a su propio destino. Dios que «creó todo el universo por una disposición libérrima de su sabiduría y bondad, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina; y como ellos hubieran pecado en Adán, no los abandonó, antes bien les dispensó siempre los auxilios para la salvación, en atención a Cristo Redentor»⁴⁰.

La esperanza abierta por Dios en el protoevangelio se cumplió en una criatura del todo singular: la Virgen de Nazaret. María, inseparablemente unida a su hijo, es la primera beneficiaria de la Redención. Ella fue «preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción, por singular gracia

38. Siendo la gracia un puro don de Dios, el hombre sólo puede conseguirla pidiéndola humildemente en su oración. Y si ha pecado, ha de pedir a Dios la gracia del arrepentimiento y la contrición, porque el arrepentimiento, cuando es sincero, obtiene de Dios el perdón de las ofensas (Lc 17,3-4), si le acompaña el propósito de acudir al sacramento de la Penitencia.

39. JUAN PABLO II, *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1980, p. 596.

40. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 2.

y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, salvador del género humano»⁴¹.

De otra parte se ha de subrayar que, a pesar del Bautismo, el hombre sigue estando afectado por las consecuencias del pecado original, rodeado, además, de un mundo hostil a Dios. En esa situación, el hombre debe esforzarse por conocer la verdad objetiva, desdibujada con frecuencia por los impulsos de su propia subjetividad. Por esta misma razón ha de empeñarse por conocer mejor todo el orden moral. Entre el mundo, el diablo y sus propias inclinaciones desordenadas, necesita la ayuda de la gracia para superar con éxito esas dificultades y llegar al conocimiento de la voluntad de Dios.

Aunque el hombre no ha perdido su capacidad natural de oír en la creación la voz de Dios y su llamada⁴², con mucha facilidad, sin embargo, se equivoca y acaba convirtiendo en fines lo que no son más que medios. Y es que la inteligencia, que debería iluminar su voluntad en la búsqueda del bien verdadero, al ser limitada, ella misma se ve afectada por sus propias pasiones desordenadas, inclinándose a la acción por el bien apetecido, subjetivo y parcial. ¿Por qué, si lo sabe, se obstina en su empeño? Porque «al negarse el hombre con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación»⁴³.

Voluntariamente y a sabiendas puede transmutarse el orden objetivo moral por una moral acomodaticia, cargada de subjetividad, contraria a la verdad última de las cosas y, en consecuencia, ajena a la voluntad de Dios. No podríamos conformarnos entonces con la moral de actitudes, de buenos deseos. Con la buena voluntad sólo difícilmente se estará en condiciones de vivir el orden moral objetivo, querido expresamente por Dios. Dada la debilidad de nuestra naturaleza, con gran facilidad incurriríamos en error.

Ahora bien, «si es verdad que arrastramos miserias personales, también lo es que el Señor cuenta con nuestros errores. No escapa a su mirada misericordiosa que los hombres somos criaturas con limitaciones, con flaquezas, con imperfecciones, inclinadas al pecado. Pero nos manda que luchemos, que reconozcamos nuestros defectos;

41. Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854 (Dz 1641).

42. CONCILIO VATICANO I, Const. Dogm. *De fide catholica*, cap. 2 (Dz. 1785).

43. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 13.

no para acobardarnos, sino para arrepentirnos y fomentar el deseo de ser mejores»⁴⁴.

Es ésta otra consecuencia práctica. La salvación depende de Dios, pero también, como se ha visto en el caso del hijo pródigo, de la personal convicción de que el hombre es pecador, necesitado de la gracia divina. Nunca podrá fiarse, por tanto, de sus fuerzas y talentos, de sus condiciones meramente naturales, por excepcionales que sean; en todo momento se ha de saber limitado y capaz de cometer errores. Ahora bien, si aprovechando esa experiencia, sabe reaccionar y acude con humildad a Dios, nada habrá de temer. En la obediencia a sus preceptos ha de basar su felicidad. Y esto aun cuando no entienda el porqué de los mandatos divinos, ni llegue a comprender la razón última de unos acontecimientos inesperados.

Dios quiere, ciertamente, la conversión del pecador. Pero la aplicación de la Redención a cada uno de los hombres es obra de cada cristiano. Jesucristo vino como Salvador del mundo, pero el mundo no le conoció (Jn 1,10). Por esto presenta todavía hoy el mundo ese aspecto de irredención, de oposición a la obra de Jesucristo. La reconciliación con Dios supone en cada cristiano una lucha personal —contando siempre con la gracia divina—, que ha de llevarle a despojarse del hombre viejo, con todas sus malas obras, y a revestirse del hombre nuevo, con todo su cortejo de virtudes (Col 3,5-14). Para ello habrá de vencer la apatía, la comodidad, la tibieza, enemigas principales de la verdadera conversión. Y esto porque cuando la conversión es auténtica supone una transformación plena del ser del hombre (metánoia), en todas y cada una de sus operaciones. Esa es la nueva vida de la gracia, el hombre nuevo al que debe aspirar todo cristiano redimido por la sangre de Cristo (1 Pe 2,24).

Cuando ha tenido lugar la conversión, y sólo entonces, puede hablarse de optimismo cristiano, de la nueva óptica con que se enfocan de modo sobrenatural los asuntos diarios más normales. Ese optimismo, propio del «hombre nuevo» transformado por la gracia, es consecuencia de la fe en Jesucristo⁴⁵. Ahora bien, esa fe debe ser operativa, ya que a la conversión, a cada nueva conversión, debe seguir el desagravio y la penitencia, junto con las obras —humanas y sobrenaturales— de correspondencia a la gracia⁴⁶. Cuando se procede

44. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, p. 326, n. 159.

45. Así lo expresa San Juan: «omne, quod natum est ex Deo, vincit mundum; et haec est victoria, quae vicit mundum: fides nostra» (1 Jn 5,4).

46. Es del todo esencial en la nueva economía salvífica la necesidad de dar fruto,

así es fácil resistir a las tentaciones que puedan asaltarnos, porque no hemos de olvidar que Satanás sigue actuando hoy lo mismo que el primer día en el paraíso. Ya lo recordaba San Pedro a los primeros cristianos: «Sed sobrios y velad, ya que vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. Resistedle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismos sufrimientos» (1 Pe 5,8-9).

Firmeza y fortaleza en la fe. En la actuación pastoral convendrá destacar la importancia de transmitir con fidelidad la doctrina cristiana, sin recortes ni añadiduras. En este punto, los sacerdotes han de seguir siendo los buenos pastores que los fieles necesitan, aquellos que, como señalara con precisión el profeta Ezequiel, ponen todo su esfuerzo por rescatar la oveja perdida, aun a costa si fuera necesario de su propia vida. Punto clave de esta labor pastoral, como insistentemente ha señalado el actual Romano Pontífice, es la revitalización y actualización del sacramento de la Penitencia ⁴⁷.

En resumen, en la salvífica economía el pecador tiene siempre abiertas las puertas al perdón, a la reconciliación con Dios y con sus hermanos los hombres. Esta es la riqueza de la Redención. Conciencia de pecado sí, pero no pesimismo; realismo ante las miserias y deficiencias personales también, pero no desesperación ni tristeza ⁴⁸. El cristiano ha de saberse en todo momento querido por su Padre Dios. Y esto a pesar de que hayan sido innumerables sus faltas y patentes sus rebeldías. Basta que se arrepienta de ellas —como el hijo pródigo— para que reciba el perdón. Arrepentimiento unido —por expresa voluntad de Dios— a una confesión contrita y sincera. Tan necesaria e imprescindible es, que sin ella el hombre no puede alcanzar ni la felicidad que anhela ni la paz verdadera, tan propias y características de los hijos de Dios.

es decir, que a la fe sigan las obras (Sant 2,17-18; Gal 5,6). Así lo predicaba el Bautista: «Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt 3,10). Es la acción del Espíritu Santo la que lleva al cristiano a dar fruto abundante (Rom 6,22; 7,4; Gal 5,22; Ef 5,9; Fil 1,9; Col 1,10). Véase a este respecto C. SPICQ, *Le chrétien doit porter du fruit*, en *Vie Spirituelle* 363 (1951) pp. 605-615.

47. Véase, entre otros documentos, la carta del Papa a los obispos (25-I-1983) que acompañaba al «Instrumentum Laboris» de la VI Asamblea General del Sínodo, así como la Bula «Aperite portas» (6-I-1983) que promulgaba el Año Santo de la Redención.

48. La esperanza cristiana consiste ante todo en una vigilancia atenta, propia de quien viviendo de fe espera la llegada de su Señor. Todo el Evangelio insiste en este punto con palabras de Jesús (Mt 24,42; 25,13; Mc 13,35, etc.), y lo mismo hacen los Apóstoles en su predicación (1 Cor 16,13; 1 Pe 5,8, etc.).

